

## Las características de la encuadernación como huellas de procedencia

Por Martha Romero

Mi agradecimiento especial a Luis Enríquez.

**Autor:** Martha Elena Romero Ramírez

### Adscripciones y cargos:

- Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México.  
Investigadora.
- Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, Instituto Nacional de Antropología e Historia.  
Profesora.
- Comité Mexicano Memoria del Mundo, UNESCO.  
Secretaria.
- European Research Centre for Book and Paper Conservation-Restoration.  
Representante en México.

**e-mail: personal:** maromirez@hotmail.com

**institucional:** martha\_romero\_r@encrym.edu.mx

**Teléfono: fijo:** +52 5555630384

**celular:** +52 5526537629

### Abstract

Las rutas de tránsito de los libros, desde el taller de imprenta en el que se produjeron y hasta llegar a las manos de su dueño final, ya sea en colecciones públicas o privadas, se pueden recrear a partir de las características constructivas y materiales de la encuadernación. Cada país, en cada región, en cada época determinada desarrollaron sus propias técnicas y utilizaron los materiales disponibles principalmente en los mercados locales. Estas condiciones se reflejan en patrones de trabajo de encuadernación propios de cada geografía y tiempo, por lo que, el análisis e interpretación de las características de la encuadernación como marcas de procedencia son una valiosa evidencia material e histórica que nos indica el camino recorrido de un libro hoy localizado en las colecciones bibliográficas.

La plática tratará sobre la metodología utilizada para la identificación de las características de la encuadernación distintiva del siglo XVI en algunos países europeos, que tuvieron fuerte influencia en Latinoamérica, y su interpretación como marca de procedencia y porqué la información obtenida de ellas difícilmente se encuentra en otra fuente documental, que no sean las mismas encuadernaciones. Se utilizarán como ejemplo libros impresos europeos del siglo XVI resguardados en la Biblioteca Nacional de México.

**Palabras clave:** encuadernación, arqueología del libro, Nueva España, marcas de procedencia.

De acuerdo con la definición de la Real Academia Española, "objeto", en sus quinta y sexta acepciones dice: "5. m. Materia o asunto de que se ocupa una ciencia o estudio y 6. m. cosa."; sin embargo, para el término "cosa", parece que se contradice en sus definiciones al asentar que una cosa es "1. f. Lo que tiene entidad, ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, concreta, abstracta o virtual", pero también es "2. f. Objeto inanimado, por oposición a ser viviente". Y cosa puede ser entendida, de igual forma, como "3. m. Creencia en la existencia de espíritus que animan todas las cosas".

Tomando en consideración lo anterior, podemos decir, de manera conveniente para quienes estudiamos y gustamos de los objetos, que un objeto es una cosa inanimada que tiene

entidad corporal y espiritual que los anima. Así se abre la posibilidad de estudiar los objetos desde un acercamiento del animismo, teoría por la que se le atribuye a los objetos inanimados, personalidad e influencia en la vida, y consideraríamos, entonces, que todas las cosas tienen alma, aunque este acercamiento es poco reconocido en el mundo occidental moderno y, como ya vimos, puede llegar a explicarse de manera contradictoria. Probablemente esto tenga que ver, por un lado, que nuestro sistema particularmente científico-racional y consumista que hemos desarrollado en ciertas sociedades se ha tratado de imponer como forma única de concebir el mundo, su organización y funcionamiento. Pero, por otro lado, a manera de contrapeso, nos es imposible desligarnos del pensamiento animista para envolver de valores a las cosas de una u otra manera.

Aunque la visión animista es más profunda y completa, porque va más allá de los valores personales, sociales, culturales o económicos que otorgamos a los objetos, de manera muy simplificada, el animismo también tiene que ver con las relaciones que entablamos y sostenemos con lo que nos rodea, incluyendo los objetos, y, a partir de ella, podemos explicar las razones por las que interactuamos de forma afectiva con los objetos que nos son más cercanos y cargamos con valores de algún tipo. No olvidemos que, como ya dijimos, hay quienes afirman que los objetos tienen inteligencia, que no somos nosotros quienes los escogemos, sino que son ellos los que nos eligen.

Sea como sea, los objetos han demostrado ser el reflejo físico de las sociedades y de las personas que los crearon, los tuvieron y los utilizaron; son una representación tangible de las ideas y deseos, íntimamente relacionados a las circunstancias económicas y de accesibilidad a la tecnología, así como a su aceptabilidad en el momento de su creación (Caple, 2006). Los objetos se mueven, viajan atravesando fronteras políticas, religiosas, lingüísticas, culturales, sociales y geográficas; con su movilidad, los objetos entran en contacto con un gran número de personas y otros objetos, y ayudan a la difusión y transmisión de motivos, ideas y conocimientos. El paso del objeto por los diferentes escenarios que recorre a lo largo de su existencia quedan marcados en su materialidad y lo hace único. Es a partir de la lectura de sus características y particularidades que podemos reconstruir su tránsito por el mundo y las sociedades.

Chris Caple (2006),<sup>i</sup> arqueólogo y conservador inglés, afirma que los objetos hablan mucho sobre la vida de la gente del pasado (y del presente), a través de las lecturas e interpretación que les asignamos; son fuente potencial de información sobre quién los elaboró, cuándo se hicieron, para qué, qué significaban o simbolizaban, cuál era su función, cómo se alteraron y cómo se reutilizaron, cómo se dañaron, por qué se eliminaron o se enterraron y cómo han cambiado en el tiempo. Y agrega que para poder leerlos e interpretarlos es necesario contar con la mayor cantidad de información posible sobre ellos y saber qué significa esa información. Así podremos ser más capaces de diseñar un cuestionario informado y concreto sobre las preguntas que buscamos que los objetos nos respondan.

Cabe señalar que la información que se pueda recuperar de los objetos dependerá de factores diversos como pueden ser la accesibilidad que se tenga a ellos, así como de los recursos tecnológicos y económicos con los que se cuente. También, se sugiere tomar en cuenta que los objetos se interpretan desde el conocimiento previo que se tenga y de la experiencia de quien interpreta; los investigadores solemos apegarnos a los modelos que mejor conocemos o que se ajustan mejor a los datos que buscamos; además, también puede influir la formación académica del intérprete, es decir, alguien relacionado con el oficio para elaborar cierto objeto no verá lo mismo que alguien estudioso del contexto social en el que se creó. Otro factor que influye en esto es el momento en que se recogen los datos y se interpretan. Recordemos que si es un objeto del pasado, digamos del siglo XVI, estaremos analizándolo desde el siglo XXI, con la información e influencias históricas y actuales; inevitablemente estaremos haciendo una lectura desde la suposición porque no podemos retroceder en el tiempo para vivir en el pasado y

convivir con el objeto. Por lo tanto, se recomienda reconocer el riesgo de que haya cierto sesgo en la interpretación, lo cual no significa que sea errónea (Caple, 2006). Para reducir la probabilidad es recomendable trabajar con un grupo multidisciplinario que complemente el conocimiento y la lectura del objeto.

La metodología de la arqueología aplicada al estudio de los objetos como artefactos, esto es, como bienes materiales elaborados por el hombre del que podemos obtener información de sus contextos de creación y de las sociedades que los hicieron, los usaron y los desecharon ha sido utilizada para la investigación de, por ejemplo, piezas cerámicas, arqueológica, utensilios y hace algunos años se usa para el estudio de la encuadernación y por tanto del libro (Szirmai, 1999).

Nicholas Pickwoad,<sup>ii</sup> reconocido como padre de la arqueología del libro, menciona que la historia del libro ha quedado incompleta debido a la falta de consideración de la encuadernación como parte integral del libro; se ha obviado como el proceso final en la producción del libro que, además, permite poner el producto en manos del lector. Pickwoad (2016) agrega que cada país, en cada región, en cada momento determinado desarrolló sus propias técnicas de encuadernación y utilizó materiales típicos de cada lugar o que se podían adquirir en sus mercados locales, por lo que el libro lleva consigo marcas de procedencia en la encuadernación. El profesor Pickwoad (2016, p. 12-13) coincide con Caple (2006, p. 17) en que los objetos de uso cotidiano, en este caso, los libros comunes, son aquellos que reflejan más claramente el uso y valor que se les daba, pues eran los que estaban al alcance de la mayoría, quienes representan el promedio del grupo social que los utilizó.

Cuando se lee la materialidad de las encuadernaciones se puede recrear la historia del ejemplar y su tránsito por distintos lugares y tiempos. En el caso del libro, como sucede con otros objetos, pudieron haber tenido varias estaciones desde el momento en que se crearon hasta llegar a alguna biblioteca, un museo, una galería o una colección particular, o cualquier otro destino.

Esto es claro en algunos casos, como en la obra de Bartolomé de Ledesma, de 1566, impreso en México, encuadernado en México que, en algún momento de su vida viajó a Nueva York y forma parte del acervo de la Biblioteca Pública de esa ciudad. Las características de la encuadernación aseguran que es de procedencia mexicana. Hecha por un encuadernador o en un taller de encuadernación cuya técnica cuenta con influencias españolas, porque la encuadernación tiene las prolongaciones de las tapas dobladas sobre el canto de frente, práctica española e italiana de la época. Además de lo anterior, de influencia italiana se refleja en el uso de piel curtida café para los soportes de costura y piel al alumbre color blanco para las almas de las cabezadas. Cabe señalar que España e Italia tenían formas de encuadernar muy similares durante el siglo XVI, por lo que no es de sorprender encontrar ambas influencia en un solo ejemplar encuadernado en Nueva España. Es muy probable que la influencia italiana llegó a Nueva España por España más que por Italia.

El pergamino de la cubierta presenta bordes irregulares que muestran un aprovechamiento extremo del material, e indica que se trataba de un material costoso, muy probablemente de importación. Esto puede explicarse diciendo que, una vez consumada la Conquista de México, hubo una inevitable mezcla de culturas y en la Nueva España se adoptaron algunas tradiciones de origen europeo, principalmente español, que también se reflejó en la manera de encuadernar libros. En Europa, los libros de uso común, ordinarios, se encuadernaban en pergamino flexible por ser un tipo de encuadernación más económica que las encuadernaciones en piel, cuyo trabajo involucra más pasos en el proceso de encuadernación y eso encarece el costo. Este tipo de encuadernaciones en piel, a veces decorada, se hacían solamente por encargo de alguien que pudiera pagar el costo del trabajo. El pergamino en la Nueva España era un material importado de Europa y, al parecer, llegaba el de menor calidad, pues el que se utilizó en las encuadernaciones mexicanas, en un examen visual, es más grueso y manchado que el utilizado

en las encuadernaciones europeas de este mismo tipo. El dato más antiguo de una pergaminería establecida en México que he localizado hasta hoy es del siglo XVIII (González Angulo, 1979), pero no dudo que las hubo antes, es un dato que tengo pendiente de confirmar.

Además de lo anterior, lo que termina de completar las características que comprueban la procedencia de la encuadernación es el uso de papel indígena<sup>iii</sup> color blanco en los endoses. Es un elemento que sirve, entre otras cosas, para unir la cubierta al cuerpo del libro y, en este caso, están adherido sobre las guardas, también de acuerdo a las prácticas italianas. Siguiendo con la historia de la colonización española, el papel indígena o papel de la tierra, como le llamaron los frailes, se utilizó en la fabricación de objetos de uso cotidiano de los españoles establecidos en la Nueva España, a pesar de su prohibición por considerarlo idolátrico y de connotación religiosa. Esto se debió a que el abasto de papel de trapo llegado de Europa no era suficiente, así que se echó mano de lo que había en el territorio recién conquistado. Los europeos sabían de las características de resistencia y flexibilidad del papel amate y se utilizó en cubiertas o, como en este caso, en los endoses (Romero Ramírez, 2013).

Cabe señalar que al momento de adherir la guarda, los endoses queda debajo de la contraguarda, totalmente ocultos, lo que no descarta que la elección de papel indígena blanco y no uno de color oscuro haya sido intencional, no solo por el cuidado de preferir un color que no se notara por debajo de la guarda blanca, también pudo deberse a que se trataba de un material significativo para los indígenas, que utilizado de esta manera, cumple su función estructural, pero no se ve en el objeto terminado.

Otro libro emocionante es *Enarrationes piae ac eruditiae*, impreso en Colonia, Alemania, en 1539, que luego posiblemente viajó a Francia en donde estuvo lo suficiente para que lo encuadernaran ahí y después se trasladó a España, de donde se embarcó hacia la Nueva España. Una vez en tierra firme, se estableció en la biblioteca del Convento de Santo Domingo, en México y, finalmente, terminó en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. Otra ruta posible hasta la Biblioteca Nacional de México es que haya viajado de Alemania directamente a España, en donde se encuadernó y quizá permaneció por un tiempo, y de ese país viajó a la Nueva España.

Aunque el libro no contiene el dato de la imprenta en la que se produjo, se sabe que el ejemplar se imprimió en Colonia, Alemania en 1539, como consta en la portada. La costura es sobre soportes de piel curtida color café, mientras que las almas de las cabezadas son de cordel. En ambos casos, las prolongaciones están cortadas al ras. En mi experiencia, El uso de piel curtida color café para los soportes de costura es más frecuente en España y Francia, al igual que el cordel en las almas de las cabezadas y el hilo azul, lo he identificado generalmente en encuadernaciones españolas y francesas. Además, el lomo tiene adheridos algunos restos de piel curtida color café, lo que indica que el cuerpo estuvo cubierto por una cartera de piel, posiblemente en tapas de madera, enlazadas mediante las prolongaciones de las almas de la cabezada de cordel, de acuerdo a los patrones de cada país. El libro perdió la cartera en algún momento, ya sea por deterioro o por conveniencia. Para viajar a la Nueva España se debía pagar transporte e impuestos por los bienes, ya fueran mercancías o pertenencias, y las tasas estaban en relación de peso y volumen. Un libro en tapas de madera ocupaba más espacio y era más pesado que un libro desnudo, por lo que es muy probable que el dueño haya decidido transportarlo sin cubierta, como cuerpo cosido y las cabezadas ya tejidas, para aprovechar estos elementos que mantienen el cuerpo unido y lo hacen manipulable. También, a partir de este estado, es posible poner guardas y cubiertas de acuerdo con el tipo que se elija. Si hubiera sido el caso de optar por transportar el libro desnudo, seguramente colocar una cubierta con tapas recubiertas en piel o una cartera en pergamino en Nueva España era más barato que llevar el libro completamente encuadernado. Vender los cuerpos cosidos fue una de las estrategia de comercio establecidas en Europa desde siglo XVI y los españoles la expandieron a las colonias americanas (Romero Ramírez, 2013). De esta manera, el librero se ahorraba el costo de la

encuadernación para la que quizá no encontraría comprador y, en cambio, dejaba la decisión al cliente y a su bolsillo.

El cuerpo llegó cosido a la Nueva España. Lo podemos afirmar, tanto por las características de la costura y las cabezadas, ya comentadas, así como por el rótulo manuscrito en el canto de frente. Este tipo de rotulación no se utilizó en México. Cuando se empiezan a establecer las primeras bibliotecas, los libros ya se acomodaban de pie, con el lomo hacia el frente, de cara al usuario (Romero Ramírez, 2013). También podemos afirmar que la cubierta se suministró en México y se sujetó mediante las prolongaciones añadidas, de piel alumada color blanco, colocadas en las almas de las cabezadas y de los soportes. Las características de las vueltas más anchas en el frente y cortes irregulares en algunas de ellas indican el aprovechamiento del material a la manera novohispana, además del espesor del pergamino, que es grueso. El ejemplar, completamente encuadernado en una encuadernación que podríamos llamar mestiza, en estructura europea y cubierta mexicana flexible en pergamino, formó parte del acervo dominico del Convento de Santo Domingo, en la Ciudad de México, hasta la desamortización de los bienes eclesiásticos debida a la Reforma, cuando pasó a ser propiedad de la Biblioteca Nacional de México.

Otro ejemplar de la obra de Bertolomé de Ledesma de 1566, pero ahora resguardado en la Biblioteca Nacional de México, es una copia que nunca ha dejado México, y, al parecer, es una especie de "testigo silenciado", del que no podremos contar su historia completa de tránsito y procedencia. En el canto de cabeza tiene la marca de fuego del Convento de San Gabriel de Tacuba, ubicado la Ciudad de México, y en el canto de pie está la misma marca pero dibujada en tinta. La características de la encuadernación nos pueden explicar la posible razón de que se haya decidido poner la en tinta en este canto.

Una marca de fuego se grababa, en los cantos de libro cerrado, con un hierro candente, de forma que el papel se quemaba y la marca era permanente debido, principalmente, a la profundidad con la que quedaba grabada que la hacía muy difícil de eliminar, a menos que hicieras un procedimiento radical, como pasó en este libro. La cabezada de pie está anclada al soporte de costura más cercano al canto porque no tiene cadeneta, la cadeneta se eliminó al momento de refinar el canto, al que le cortaron entre uno y dos centímetros, suficiente para eliminar la marca de fuego. Como grabarla nuevamente en este cando con el hierro candente significaba un riesgo de quemar el texto, se decidió dibujarla.

Otra cosa que debemos notar es que las características de la cubierta son totalmente novohispanas del siglo XVII, y sugiere que el libro fue refinado y se hizo una cubierta nueva que se ajustara al nuevo tamaño durante esa época. Es posible que entonces el ejemplar haya cambiado de lugar también en esa época.

Cabe señalar que este tipo de cortes en los que se elimina la cadeneta de uno u otro extremo de la lomería, las he identificado tanto en libros mexicanos como en europeos en acervos mexicanos. En conversaciones con el profesor Pickwoad, me ha comentado que esta manera de trabajar las cabezadas ancladas a los soportes más cercanos a los cantos no las ha visto en Europa, por lo que deducimos que es una práctica mexicana. También, consideremos que, y esto lo saben muy bien quienes han cosido libros, que una vez que el encuadernador cose el libro no refina los cantos tan adentro de la lomería como para eliminar la cadeneta, a menos que sea un corte muy descuidado o intencional, como seguramente sucedió en este caso.

Aunque no podemos comprobar la hipótesis, las características de la encuadernación, que pueden interpretarse de otro modo, como que se eliminó por deterioro, abre una línea de investigación sobre estos rastros de procedencia eliminados en la historia del ejemplar.

Por último, un ejemplo cuyo tránsito general es muy fácil de leer solo poniendo atención a sus cantos. En el canto de frente tiene el rótulo manuscrito, junto el tipo de costura, seguida sobre nervios dobles de piel curtida, nos dicen que el libro, impreso y cosido en Francia, perteneció al Convento Grande de San Francisco, en la Ciudad de México, lo sabemos por la

marca de fuego del canto de cabeza y luego pasó a resguardo de la Biblioteca Nacional de México, evidente por el sello de la Biblioteca en el canto de pie.

## CONCLUSIONES

Tomando en cuenta que los objetos, en este caso los libros, y muy particularmente estos ejemplares, desde su creación son reflejo de un momento y un lugar determinados, pero con recorridos geográficos y temporales que quedan marcados en su materialidad. Las características de su encuadernación hablan de su procedencia y ayudan a reconstruir la ruta de tránsito desde el taller en que se imprimen hasta su destino actual. Esta misma forma de lectura aplica para cuando los ejemplares se imprimieron en el mismo país en el que se encuadernaron, pero cada trabajo se realizó en distintas ciudades o distintas regiones. Así mismo, cuando las encuadernaciones son originarias del mismo lugar de impresión de las obras, sus características hablarán del encuadernador o del taller de encuadernación de procedencia, porque se pueden identificar los patrones de trabajo. Como señala Pickwood (2016), los libros llevan consigo sus marcas de procedencia en las características de la encuadernación y, a su vez, las características de la encuadernación hablan de la procedencia de la encuadernación que, a su vez, nos habla del texto que la ostenta.

Para el estudio de los objetos, y por tanto del libro, podemos rescatar la visión animista que permite reconocer que tienen mucho que contarnos, mientras que la subjetividad ineludible del observador en el momento del estudio puede ser compensada por una metodología objetiva, rigurosa y consistente.

La riqueza y complejidad del objeto-libro nos invita a que los estudios e investigaciones se realicen en equipos multi e interdisciplinarios o que sean revisados por pares; es muy provechoso y conveniente compartir conocimientos y metodologías con alumnos, jóvenes investigadores y colegas, reconocidos o en camino a serlo, en trabajos colaborativos para escuchar, interpretar y comprender mejor eso que la materialidad en la encuadernación nos está diciendo sobre su o sus procedencias.

## Obras consultadas

- Caple, Ch. (2006). *Objects. Reluctant witness to the past*. London / New York: Routledge.
- González Angulo, J. (1979). *Artesanado y ciudad a finales del siglo XVIII*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Pickwood, N. (2016). Coming to terms. En *Historical Book Binding Techniques in Conservation* (pp. 11-28). Wien: Verlar Berger.
- Real Academia Española. (2014). objeto. En *Diccionario de la lengua española* (23a. ed.). <https://dle.rae.es/objeto?m=form>
- Real Academia Española. (2014). cosa. En *Diccionario de la lengua española* (23a. ed.). <https://dle.rae.es/cosa?m=form>
- Romero Ramírez, M.E. (2013). *Limp, laced-case binding in parchment on sixteenth-century Mexican printed books*. Tesis de doctorado. University of the Arts London, Camberwell College.
- Ruíz de Viñaspre, N. (27 de febrero de 2011). ¿Animismo o animatismo?. [Entrada a blog]. Recuperado de <http://rasca-cielos.blogspot.com/2011/02/animismo-o-animatismo.html>
- Szirmai, J.A. (1999). *Arcaheology of the medieval bookbinding*. London: Routledge.
- University of Chester. (s.f.). The mobility of objects across boundaries 1000-1700 (MOB). Recuperado el 2 de abril de 2021, de <https://mobilityofobjectsacrossboundaries.wordpress.com/>. Mobiliyof objects across boundaries 1000-1700

---

<sup>i</sup> Para mayor información del profesor Chris Caple, consultar <https://www.dur.ac.uk/research/directory/staff/?id=148>.

<sup>ii</sup> Para mayor información sobre el profesor Nicholas Pickwood, consultar <https://www.ligatus.org.uk/users/nicholas-pickwood>.

<sup>iii</sup> Papel indígena: también conocido con el nombre genérico de papel amate, porque este papel se hacía de las fibras de amate, pero también se elaboró de algodón e ixtle, entre otros.